




LOS PIRATAS DE LA PRADERA



esta bien

Al norte de los Estados de la Unión Americana, cuando con los altos montes y extensas praderas del Oeste, conquistadas años atrás por los indios de la raza roja; Goldenville era a un tiempo punto de transacción, de aprovisionamiento y de contacto con el mundo civilizado para los rancharos, buscadores de oro, indios nómadas, cazadores y tramperos, y aún bandidos, que se habían establecido o pululaban por aquellas salvas regiones. El Sheriff Johnson, antiguo rancharo, representaba el gobierno de la Unión en aquel confin de los Estados del norte. A sus órdenes, el sargento Lewis, joven animoso y valiente, bregado en los azares y peligros de la pradera y condecorado de sus moradores—velaba, con varios hombres de la policía montada, por el orden y la justicia que reinaba en las vastas llanuras.

Un día, un grupo de bandidos, al parecer de la banda de los "Piratas de la Pradera", que mantenían en constante saque a rancharos y cazadores, y aún a los mismos indios, sin que hasta entonces los agentes hubiesen podido anularse el menor éxito en su constante persecución. El jefe de aquella temida banda—bastante por alguien con el pomposo nombre de "Los Piratas de la Pradera"—era "El Zorro", un enmascarado de colado rostro y mirada dura y penetrante cual un estribo de acero, que parecía tener la astucia y la silenciosa agilidad de la liebre cuyo nombre había adoptado para burlar, él y su banda, la activa e inteligente vigilancia del sargento Lewis y de sus hombres, que habían hecho cuestión de honor acabar con los bandidos.

Al caer la tarde de un bello día de junio, en uno de los varios tabernáculos con honores de bar con que contaba la población, cierto buscador de oro celebraba con sus amigos, bebiendo y jugando, el hallazgo de una mina cuyos primeras y gruesas pepitas había depositado sobre la mesa para que pudieran ser cómodamente examinadas... y codiciadas. Sólo, en el ángulo diametralmente opuesto al que, a la izquierda del mostrador, ocupaban el minero y sus amigos, Diego Salcedo, huérfano de antiguos colonos españoles,—de los que heredó generosidad, valor y altivez, cualidades que le habían granjeado el sobrenombre de "Corazón Generoso" con que era conocido entre los indios—esperaba, leyendo un viejo periódico ilustrado y saboreando a pequeños sorbos su gran vaso de cerveza negra, a un colega en la trata de ganado vacuno y caballar a que se dedicaba desde que murieron sus padres, recorriendo, en los montes, los valles y las aldeas indias, y en la pradera, los villorrios y ranchos. De pie ante el mostrador, entre la mesa de Diego y la del buscador de oro y sus amigos, dos hombres, buenos bebedores, de aspecto indefinido entre cazadores y vaqueros, disculpen jóvenes, alto, delgado, musculoso, de angulosa faz e inteligente mirada, está para dos personajes del mostrador.—Esta palabra no se la toleiro ni al Presidente de la Unión Americana, gritaba a la sazón uno de ellos, montado en cólera.—Pues, repuso el otro, la sostengo aunque le pesa. No pudo acabar la frase, cortada por su formidable

de los dos contendientes que ajenos casi a la operación, no han cesado de dirigirse feroces miradas de odio, como si les tardara reanudar de nuevo su interrumpida discusión a porrazo limpio. Diego Salcedo se ledea complacientemente para que el cachecador pueda introducir sin dificultad las manos en sus bolsillos.—«¡Las pepitas!», vocifera el minero extrayéndolas del bolsillo izquierdo de la chaqueta de "Corazón Generoso".

«¡Mis pepitas!», «¡Mi oro!», «¡Basta!», «¡Os abraso el cerebro!», vociferaba blasfemando el revólver. «¿Quién me ha robado mi oro?», «¿Mas qué arriba todo el mundo?», trueno el vozarrón del fabernero. Sepáranse los contendientes, se aprestan a ser cachecados por el buscador de oro, bajo la vigilante mirada del dueño del tabernáculo, cuyo pistólon se balancea amenazador ya a diestra, ya a siniestra. Van ya registrados, sin resultado alguno, los amigos del busca-

(Continuad).